

La Crayón

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.

Madrid, 4 de Noviembre de 1894.

Núm. 71.



UNA ESCENA EN EL CEMENTERIO

ACTUALIDADES



ARA ANCHA se va.

¿Ya qué nos queda del toreo antiguo?

Sagasta únicamente.

Así disminuye la afición, que ya no hay ni sombra de aquel entusiasmo que enajenaba á las personas de buen gusto, en día de corrida.

Pregunten ustedes á los aficionados antiguos, y aun mejor á los antiquísimos, y oirán de los propios hocicos de algunos de ellos, de labios de los demás:

—Aquellos toros de quince á diez y seis años, con cincuenta arrobas, cuando menos, cada toro; aquellos matadores que recibían lo mismo á un toro que á un amigo de confianza; aquellos banderilleros que «en todas partes tenían toro», igual en los medios, que en los tableros, que en su propia casa; aquellos picadores que tomaban á un toro por el morrillo y se le echaban por delante, como si mandaran á un perro.... ¡Ah! todo aquello ha concluido.

Todo, todo ha pasado, menos D. Práxedes y Albarrán, y algún otro torero político ó politico-taurino.

Cara se retira.

Guerra se retira también, pero juega.

Queda un primer matador por derecho propio, según el mote:

Minuto, que no puede descender á segundo.

Y quedan los *Tenorios*, *Mejías* y *Comendadores*, que han resucitado al terminar la temporada de *Don Juan*.

¡Cómo se nota la gente en esos días!

Sin responsabilidad, lo mismo que en el drama.

En la calle de Sevilla, adornando las portadas del café Suizo, del Diván y del Inglés, yacen las víctimas propiciatorias y temporeras de *Don Juan Tenorio*.

Han vuelto á la inacción ó «á la inanición»—según decía ayer un ex Mejía de tercera clase á mitad de precio.

—¡Ah!—exclama el mismo.—¡Por qué no habré muerto de veras en casa de *Don Juan*! Entonces comía, siquiera,

«y hoy no tengo una peseta
que pueda decir que es mía».

¡Y pensar que, cuando concluye la afición, es cuando aumenta el número de toreros y el de plazas!

Apenas hay transeunte sin coleta, en algunas calles céntricas.

Y respecto á plazas ahora están construyendo una en la de Madrid; ya han terminado de colocar la barrera.

Es para lidiar á la Cibeles.

¡Pero qué obstinación la de los concejales!

Se empeñaron en trasladar á la pobre señora al centro de la plaza más importante de la capital, y hasta que lo han conseguido no han parado.

Así se justifica el gasto de unos miles de pesetas.

Es decir, que así da gusto el gastarse el dinero; en obras de inutilidad pública.

La Cibeles en aquel sitio, vista desde lo alto de la calle de Alcalá, parece una infeliz paralítica, metida en un carretón y colocada allí para pedir limosna á los transeuntes.

Ó «el afilador de los perros», ó una *folie-bergère*, que pasea y exhibe sus formas en bicicleta *pour faire la réclame*.

¿Qué dirá Neptuno cuando lo sepa?

—¿Cibeles en la Presidencia? ¿Formar situación ella, estando yo en el mundo, ó en el Prado, y en buenas relaciones con el Congreso? ¡Imposible! Que la contraten en Apolo, como tiple nocturna y á la intemperie, pase; ¡pero tomarla en serio!....

Si en aquel momento de indignación pudiera el Dios de las aguas clavar al Ayuntamiento con el atenedor que gasta, no se le escaparía ni un concejal.

Un guardia que pasaba por el lado de la fuente del Dios marítimo asegura que le vió mesarse los cabellos, como un galán de carácter.... irascible.

Recuerdo la traslación de Daoiz y Velarde á la plaza del Museo de Pinturas.

«¡Noche lúrgués!»—como dirían Becerra y D. Isidoro Rivero.

Frio, neblina, negrura en el fondo, y destacando de él, iluminado por los siniestros resplandores de algunos hachones de viento, el grupo de Daoiz y Velarde.

¡Horror! ¡Terror!

¡Perros que ladran, chiquillos que gritan, señoras que pierden el conocimiento de *la* idioma, poetas que abortan!....

Pues nada, en el fondo, nada.

Veinte ó veinticinco mil pesetas de transportes.

Lo que pasará con la Cibeles.

Nada: veinte ó treinta ó cuarenta mil pesetas de viajes y nada más.

Y eso que puede que suba algo más, porque van á ponerla tacones para que parezca mejor inoza.

Ya que se va á gastar, que luzca.

EDUARDO DE PALACIO.



MUCHO POR NADA

Quien presto se determina,
también se arrepiente presto.
(Lope de Vega.)

I.

EN una obscura calleja,
y recatando el semblante
con su embozo hasta la ceja,
se ve un rondador amante
al pie de cerrada reja.

Que su impaciencia es sobrada
fácilmente se adivina
al ver cómo, acompasada,
hiere la rondada esquina
la contera de su espada.

¿Qué motiva su ansiedad?
Difícil es, en verdad,
decirlo. ¿Será el temor

de que, esquivada, la beldad,
no dé oídos á su amor?

No, á fe. Las cuitas añejas
de su pecho enamorado,
no han sido perdidas quejas,
que hace tiempo han ablandado
los hierros de aquellas rejas.

Lo que motiva el afán
de aquella impaciencia insana
es ver que de otro galán
fijos los ojos están
en la cerrada ventana.

Y como dijo un doctor
—que por tal tengo, en efecto,
de tal frase al inventor—
*que no hay celos sin amor,
ni amor sin celos perfecto,*

No debe extrañarnos nada,
pues que ya á dudar se inclina,
que con ira mal templada
diera tormento á la esquina
el rondador con su espada.

II.

Pronto á su ansiedad cruel
puso término girando
la reja sobre el dintel,
y vió, de gozo temblando,
á sus plantas un papel.

Al verlo, con ciego afán
sobre él veloz se lanzó;
mas, en resuelto ademán,
el pie del otro galán
sobre el papel encontró.



—Es diligencia perdida—
dijo;—solo he de leerle.
—Hidalgo, cosa es sabida
que, si habéis de poseerle,
ha de costarme la vida.

III.

Tras tan corto razonar,
dejaron los caballeros
á un lado inútil hablar,
y el choque de los aceros
vino el silencio á turbar.

Un ¡ay! luego se escuchó
y un golpe.... Después ya nada;
uno de los dos cayó,
el otro limpió su espada
y un papel del suelo alzó.

Vió un retablo; sobre él
brillaba un farol; turbado
desdobló el pliego el doncel,
y dió un ¡ay! desesperado....
¡Estaba en blanco el papel!

ÁNGEL R. CHAVES.

ELLA Y YO

AL NOTABLE POETA DON JOSÉ MARÍA ORTEGA MOREJÓN

¡Qué hermoso estaba el campo!... ¡La colina,
en cuya agreste falda,
mirándose en el agua cristalina,
se cimbraban los juncos de esmeralda!

En su agreste retiro solitario
nos pareció á los dos aquella tarde
un recién bendecido santuario.
Entre incendiadas nubes de colores
lanzaba el sol cobarde
sus últimos sangrientos resplandores,
y al breve tiempo purpurear le vimos
la onduladora cresta de las palmas.
¡Mas ni un adiós al astro dirigimos!
¡Para qué mejor sol que nuestras almas!

En la campiña toda
cada nido era un cántico de boda;
cada juncal armónico salterio;
cada rama la cuerda de una lira,
en que el viento suspira
los goces del amor en el misterio.

De pronto, ardiente, fascinada, lóca,
dejó un beso en mi boca,
y arrepentida de su ardor salvaje....
Mas—¡sigueme! diciendo con los ojos,
se perdió, ruborosa, entre el follaje
de tiernas lianas y claveles rojos.

MANUEL ESCALANTE GÓMEZ.

EL CAPITÁN MEDRANO

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Celebrábase en un pueblecillo de Castilla el día de la festividad de su santo patrono. Yo era entonces un niño, y asistía al banquete que se celebraba en casa del párroco, por esa ley de continuidad que el refrán ha establecido entre la sogá y el caldero. Habían sido invitados casi todos los individuos de mi familia.

A los postres, dijo el *Gratias agamus* el anciano que presidía la mesa, y entre las libaciones de un aguardiente bastante quemado y de un vinillo blanco un tanto añejo, comenzaron las confidencias, las expansiones y los relatos.

Entre los últimos, se me quedó tan impreso, que podría repetirlo sin alterar casi palabra, el que, á ruego de todos, nos dijo el anciano del rezo, que vestía la ropa negra y talar del sacerdote, y en cuyo rostro, aunque fresco y sonrosado, denunciaban canas y arrugas al bien cumplido sexagenario.

—Diez y nueve años tenía—comenzó el narrador—cuando los franceses entraron en España. El Seminario en



que mi tío me había puesto se cerró, y todos los compañeros de aula corrimos con entusiasmo á empuñar las armas en

defensa del territorio invadido.

Yo era entonces más delicado que una mujer y más cobarde que una cervatilla, y todo lleno de angustias y temores, anduve casi una semana por sendas extraviadas y caminos de travesía, huyendo así de las columnas francesas, como de las partidas de guerrilleros que organiza-

ban los patriotas.

¡Con cuánto regocijo vi por fin el campanario de mi pueblo! Abracé emocionado á mi tío; pero el viejo, contra lo que yo esperaba, mostró una frialdad que me dejó sorprendido.

A la mañana siguiente, después de misa, me llevó á un pradecillo, donde solía pasear hojeando el *Breviario*, y sentados en el tronco de un álamo que allí estaba curándose, me habló de esta manera:

—Mira, Julianillo; Job lo dijo: milicia es la vida del hombre sobre la tierra. Luchar contra los hombres cuerpo á cuerpo, es menos valeroso que pelear contra los apetitos de la carne y las tentaciones del mundo. Yo te había elegido para esta batalla; pero combate por combate, el de nuestra nación con los franceses es menos terrible y pavoroso. Alégrate, hijo, puesto que en suerte te ha tocado el trabajo menor, y desachando pereza y espíritu medroso, disponte á unirte luego á esas tropas que defienden nuestros hogares.

El buen señor atribuyó, sin duda, á conformidad con sus deseos mi pavoroso silencio, y á la mañana siguiente, muy de madrugada, saliome á despedir hasta las eras, después de acomodarme en el cuartago viejo y matalón que él tenía. Iban sobre las ancas amojamadas, bien provistas alforjas, á más de un zurroncillo con dos ó tres carnes; y de un cinturón de cuero, muy holgado, colgóse un sable mohoso, que bien mostraba, en lo antiguo, haber hecho la campaña del Archiduque.

Con tales avisos, una carta para Merino, y su bendición, después de estrachísimo abrazo, me dejó partir por lo más escondido y enmarañado de la sierra. ¡Qué espanto! El susurrar de la brisa me sonaba á ligeros clarines, y el batir del agua sobre las ruedas de un molino me produjo trasudores de angustia, porque se me figuraba estrepitoso rodar de convoyes de artillería.

Llegó la noche, y, lo que parecía ya imposible, creció mi miedo. Allí en el valle brillaban hogueras; bajé recatándome, pero luego entendí por las voces que el campamento era de los nuestros.

El cura Merino, que de él era la partida, leyó la carta de mí tío, y mandó que en seguida me completaran el armamento. Diéronme una cartuchera poco menor que un cofre, y un trabuco de chispa que parecía un mortero, mirándole la boca.

No sé qué fué más breve: recibir los arreos, y comenzar una gresca de todos los demonios. Pálido, tembloroso, sin atreverme á adelantar ni á retroceder, estuve el tiempo que duró la rufriega.

—¡Buena adquisición hemos hecho con este gallina!—dijo, cuando acabó el combate, un forzado mocetón que nos mandaba.

—Pues con los cobardes—añadió otro de mala catadura—se hace lo mismo que con los traidores;—y me apuntó con su fusil.

—Déjale—dijo, desviando el arma, el que hacía de jefe.—Es casi un niño.—Y añadió, notando que temblaba como un azogado:—¡Chicuelo, no tomes! Aquí se hace al mérito justicia, y si no falta un puñado de balas para los valientes, tampoco echarán de menos un mandil los cobardes como tú.

Atáronme, con grandes risotadas, un paño blanco al cuello, y desde aquella noche quedé relegado al oficio de rancharo, que, aunque denigrante, llevaba yo con paciencia, por la tranquilidad que me daba no tenerme que haber con otro fuego que aquél que, mansa y pausadamente, hacia hervir mis marmitas.

Un día cargó sobre nosotros tanta fuerza de franceses, que para no ser copados nos desparramamos en partidas volantes por la sierra; y al fin de la semana nos hallábamos fatigados, hambrientos y desorientados, que era lo peor.

—Es preciso—dijo nuestro capitán—que alguien vaya á avisar al resto de la partida; si no, estamos perdidos.

En las filas reinó silencio sepulcral. Nadie se ofrecía á desempeñar una comisión en la que era casi segura la muerte.

—¡Eh! ¡Julianillo!—exclamó el jefe de pronto.—Monta en mi caballo, y prepárate á llevar el parte. Así como así, no nos puedes servir para otra cosa, puesto que ya no nos queda ni una mala patata que cocer.

El miedo puso en mis ojos lágrimas y en mi boca súplicas llenas de piadosas imprecaciones á los santos.

—¡A ver, cuatro números que me fusilen por la espalda á este cobarda!—gritó el capitán, retorciéndose con fiereza los bigotes.

Me levanté del suelo vacilante, y me dispuse á montar, y el caudillo me entregó un pliego señalándome la dirección que había de seguir.

Partí, y á una revuelta de la bajada llegaron á mis oídos estas palabras:

—¡Pobre muchacho! De seguro le matan.

—Por eso le envío. Si llega, mejor. Si no, ¡cómo ha de ser! Es el único inútil de la partida.

Un escalofrío, que me corrió de la nuca á los pies, estuvo á pique de hacernos caer de la silla. Y mi caballo trotaba, trotaba sin cesar por aquella cuesta abajo, que parecía interminable.

Llegué al fin al valle, y penetré en carretera espaciosa, y en la inmensa extensión que de ella abarcaba mi vista nada se divisaba, y eso que mis ojos, dilatados por el terror, se volvían sin cesar, hacia todos los extremos del horizonte.

De pronto, al doblar un recodo de la calzada, me



hallé frente á frente, y á muy pocos pasos de distancia, con una avanzada de cuatro dragones, que á mí me parecieron dromedarios.

Los cuatro se arrojaron sobre mí, vociferando infernal jerigonza. Yo me afirmé en los estribos, y tiré instintivamente del sable. Ellos blandieron los suyos sobre mi cabeza.

Entonces, dando una gran voz, todo trémulo y acongojado, dije, cerrando los ojos y disparando con la izquierda una pistola que tomé del arzón: ¡Sustine me, Deus meus!

Sonó el tiro, y al mismo tiempo un grito horroroso.

Un sudor abundante y frío corría de mi frente, y muy cerca de ella culebreaban los sables de mis enemigos. Yo manejaba el mío sin concierto, pero con desesperación. Sentía mi cuerpo rígido y helado como si fuera de la misma materia que el arma que empuñaba. Mi brazo, incansable, hacía girar con rapidez el acero, que dos veces chocó violentamente, pero que cedía salpicándome el rostro de unas gotas tibias muy pesadas.

Cesó, por fin, el martilleo de un hierro con otro. Respiré jadeante, me limpié el helado sudor con el envés de la mano, y entonces vi....

Sobre el lodo de la carretera yacía el cadáver de un dragón, atravesado el pecho de un balazo; otro francés tenía el cráneo hendido; otro contenía con las manos la sangre, que abundosa escapaba de espantable herida en el cuello; el cuarto huía á todo galope á través de los campos.

—¡Bravo por el entonces joven seminarista!—exclamó un comensal, como comentario al relato.

—¡Lo que puede el miedo!—añadió otro.

—Usted lo ha dicho—repuso el anciano sacerdote.—Sólo el mucho miedo me hizo salir con bien de aquel peligro. Así, cuando mis compañeros se enteraron, aunque celebraron mis proezas, dieron en apellidarme desde entonces *El Capitán Medrano*.

—Sí; pero no sería ese arrojó tan de circunstancias—añadió otro interlocutor—cuando desde aquel día usted se hizo guerrillero formidable, que llegó á mandar una brava partida.

—¡Dios me lo perdone!—prorrumpió humildemente el cura.—¡Que, al cabo, los muchos franceses que después maté eran prójimos!

R. BLANCO ASENJO.

MISCELANEAS VIEJAS, por A. Novejarque



—¿Quién llama?

—Señora, es un ciego que desea ver á usted.



—Buenos días, D. Hermógenes.

—Felices, D. Silvestre.

—Quisiera que me alquilase usted su casa por la temporada de verano, si no hay inconveniente.

—Ninguno, hombre, ninguno; pero supongo sabrá usted que la cuadra la reserva para mí.

LOS BUÑUELOS DE VIENTO

I.

—Doña Ramona.

—Voy.

—Patrona amada,

mándeme usted al momento á la criada con este frac á casa de mi sastré, para que á los bolsillos de la *cola* les ponga forro de hule, de manera que admitan mucho *lastre* sin temor á la mancha más ligera.

—¿Va usted de baile?

—Sí; voy esta noche

á casa del marqués del Real-Pimiento, quien, á más de otras cosas que no cuento, por ser de actualidad, tendrá un derroche de buñuelos de viento.

Es un capricho del marqués.

—¿De veras?

—Sí tal, y he de llenar mis faltriqueras.

—¿Tan glotón es usted?

—De nacimiento.

¿Conque podrán ir pronto?

—En un segundo.

(¡Qué poquita vergüenza hay en el mundo!)

II.

—¡Gracias á Dios que puedo charlar á mi sabor con Mariquita, la condesa del Ruedo, mujer como no hay dos por lo bonita! Mas ¿qué hago que no voy al suntuoso comedor de la casa en busca del buñuelo apetitoso, ya que todos, en grupo bullicioso, se encuentran con las manos en la masa, y el que más y el que menos se propasa?

.....
¡Qué *golpazo* de vista! ¡Cielo santo!
¡Un millar hay lo menos de los buñuelos que me gustan tanto! Los del plato de bronce están rellenos de chantilly. ¿Pues y los de las fuentes, donde el cabello de ángel asoma sus guedejas relucientes? ¿Y los del centro de batata y crema? Ahora está todo el mundo distraído, y á muy poco que yo lo disimule no es difícil problema

meterme diez en mis bolsillos de hule. ¡Ajaja! ¡Buen puñado me acabo de meter!... Ahora, á la sala, que ya el último vals ha comenzado.

III.

Aunque el faldón le pesa, Juan se pone á bailar con su condesa, y al dar vueltas y vueltas muy de prisa, desde el frac del goloso caen al suelo buñuelo tras buñuelo, en medio del asombro y de la risa de aquella distinguida concurrencia, que pone al pobre Juan en evidencia. Juan escapa al momento del salón del marqués del Real-Pimiento; se para en un pasillo, se echa mano al bolsillo y, al notarlo muy hondo, dice:—¡Pero señor! ¿Qué es lo que tiento? ¡No está cosido el fondo! ¡Como yo coja al sastré, lo reviento! Y Juan llega á su casa sudando y sin saber lo que le pasa.

IV.

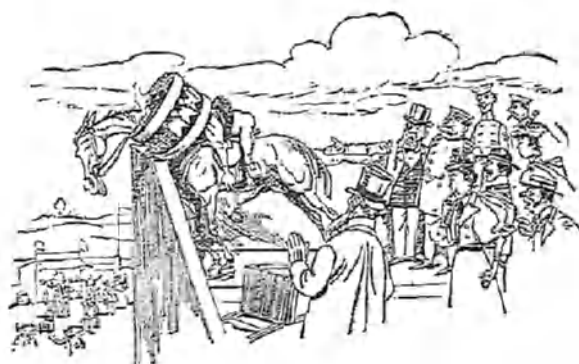
—¿Qué es eso? ¿Viene usted alicaído?
—Sí tal, Doña Ramona; los malditos buñuelos me han partido.—
Contó Juan ce por ce lo sucedido, y acabó por decirle la patrona:
—Créame usted á mí; recoja velas, déjese de bailar con damiselas, que suelen resultar unas pindongas, y lleve usted la ropa bien cosida cuando asista á esas fiestas de gomosos, ó avéngase á comer toda la vida las castañas pilongas que los días festivos y lluviosos le pongo á usted de postre en la comida.—
Calló la pupilera después de dar consejos tan extraños, y á Juan no le chocó que se los diera, porque sabe que ya hace muchos años vive dando Ramona Valdecañas á sus huéspedes, jóvenes ó viejos, castañas y consejos (aunque da más consejos que castañas).

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



GALANTERIA

EL QUE GANA TODAS LAS CARRERAS



CEMENTERIO POLÍTICO

(MONÓLOGO FANTÁSTICO)

Sobre ricos panteones
brillan lucecillas fatuas,
y he de admirar las estatuas
de esos ilustres varones.

¡Dejad á un pobre cantor,
como otro Don Juan Tenorio,
velar el lecho mortuario
de tanto y tanto impostor!

Políticos gatuperios
castigó *la parca helada*.

¡Murieron á mano airada
en sus mismos Ministerios!

¡No! ¡No ha de causarme pena
mirar vuestros bustos fríos!.....

¡Aquí estoy, amigos míos,
y que sea enhorabuena!

El monstruo batallador
que allí se levanta creo.

¡Sí; no me engaño..... ¡Te veo,
político-historiador!

¡Tiene un gusto del demonio
y aun los dientes nos enseñan!...

Éste es piedra berroqueña.

¡Buen busto el de Don Antonio!

¡No me cabe duda!..... Él es:

Es el Bismark castellano.

¡Tiene un látigo en la mano

y un perro grande á los pies!

La muerte apaga el rencor.

¡Yo tus ofensas olvido,

y si quieres, *te convidó*

á cenar, conservador!

Allá, en el lado contrario,
miro al tribuno elocente.

¡Vestido de penitente

lleva en la diestra el rosario!

De Roma sé que volvió,
y yo pienso de este modo:
que *á Roma se va por todo;*
mas, por consecuencia, no.

¡Sobre el labio ya sellado
colocad perlas y flores!.....

¡Cantad, tristes ruiñeños,
al ruiñeño jubilado!

Cerca de este panteón
á Mateo se divisa.

¡Es su cara!..... ¡Su sonrisa! ...

¡Su apabullado morrión!

Con una mano en el suelo,
al par que se apoya, escarba.

Con la otra rasca su barba,
lo cual siempre es un consuelo.

¡La vista en el cielo tiene,
mas la gravedad le atrae,
y cae al fin; pero cae
del lado..... que le conviene!

¿Qué es lo que miro, Dios mío,
sobre esa lápida fría?

¡Cuatro canarios de cría

y la espada de su tío!

¡Una gardenia!..... ¡Un llorón!

¡Una batería entera

de cocina!..... ¡Una cartera

y diez cajas de turrón!

¡Le conozco y no hago el bú,
que hombre es López que á querer

volvería otro fuerte á hacer

encima del Gurugú!

¡Aquí yace *Don Quijote!*.....

Un tesoro bajo un banco:

cuatro puros del estanco

y las guías de un bigote.

¡No hallo, por más que registro,
la figura salvadora!.....

¿*En dónde está la pastora?*.....

Digo, ¿en dónde está el Ministro?

¡Don Segis!..... Gran campeón,
hoy maltrecho y *mal tratado*.

¡Lo encuentro ya en un estado
casi de putrefacción!

¡De cara á la tempestad,
álzase aquí Don Fomento!

Gran carácter, gran talento,
y una buena voluntad.

Alabanzas y censuras:

*¡Inglés, francés, geografía,
latín y psicología!*.....

¡Menestra de asignaturas!

¡Murió falto de experiencia

y víctima de su engaño,

estudiando *primer año*

de una indigestión de ciencia!

¿Qué?..... ¿Me miran con rencor
vuestros semblantes esquivos?.....

*Jamás, ni muertos ni vivos,
humillaréis mi valor!*

Vuestra actitud no me arredra:

¡Alzaos, fantasmas vanos,

y os volveré con mis manos

á vuestros lechos de piedra!

José JACKSON VEYAN.



La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN TODA ESPAÑA

Trimestre. 3 Pesetas.
Semestre. 4 »
Año. 8 »

ULTRAMAR Y EXTRANJERO

Año. 15 francos oro.

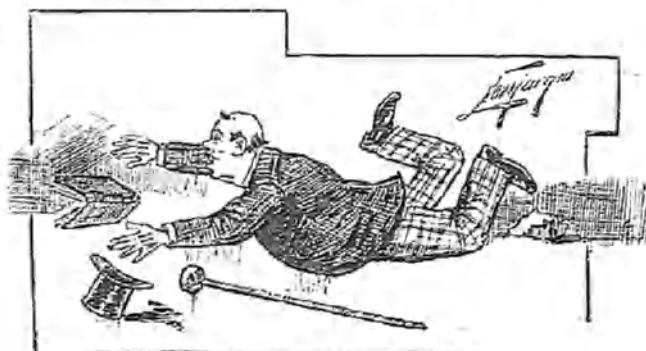
Redacción y Administración: Capellanes,
10, Madrid.

COMBINACIÓN CHARADÍSTICA

POR A. NOVEJARQUE

Hallar dos sílabas que expresen un nombre de mujer, y otras dos que expresen una ciudad de Rusia, y combinar las cuatro para que nos dé una flor.

FRASE HECHA, por A. Novejarque



LOGOGRIFO, POR M. MARZAL

Búscase de qué palabra pueden haber salido los siguientes significados, sin repetir letras:

La—el—lo—se—es—sea—mas—mas—mal—sal—sol—Mon—Seo—osa—ola—nao—amo—mole—mesa—Sena—seno—malo—asno—Amós—lona—mona—león—Mena—aseo—salmo—mesón—melón—salón—Mosen—Salomé—salmón, etc., etc.

DERECHOS RESERVADOS.

INCÓGNITA, POR A. NOVEJARQUE

Tomar el nombre de un marino ilustre y un artículo, y combinarlos para que den el título de una publicación madrileña.

NOMBRE DE MUJER

FORMADO POR OTROS

POR FRANCISCO NOVEJARQUE



Sustituidas las estrellas por letras, léanse en todas las líneas nombres de mujer.

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 70.

A LAS PIEZAS DE AJEDREZ ILUSTRADAS:
Reyerta.—Damasco.—Alfiler.—Caballote.—Torres-Torres.—Peonza.

A LA FUGA DE VOCALES:

Es LA GRAN VÍA, según mi muy humilde opinión, la más bonita revista que hay en toda la nación.

MARAVILLA

Desde París al Cahongo, la maravilla mayor es el gran jabón de olor de los PRÍNCIPES DEL CONGO.

Jabonería Victor Vaissier, place de l'Opera, 4, París.

SATISFACCIÓN COMPLETA

No tengo renta francesa ni española, ya lo sé; ¡pero tengo un reloj de la Relojería Inglesa!

17, PRECIADOS, 17.

Nuestros apreciables lectores leerán en la presente edición un anuncio de la bien reputada firma de los Señores **Valentín & Cia.**, Banqueros, y Expenduría general de lotería en **Hamburgo**, tocante á la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho, ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar en un caso feliz una fortuna bien importante. **Esta casa envía también gratis y franco el prospecto oficial á quien lo pida.**

AL ACRÓSTICO:

	O	R	A	R
	M	O	R	O
R	O	S	A	
	M	A	R	O
	A	R	A	R
	M	A	R	
	A	M	A	R
	R	O	M	A
	O	S	O	
	A	M	A	
	R	O	S	
	O	R	O	
A	M	A	R	O

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES QUE SE NOS REMITAN

Est. tipográfico «Escosores de Rivadeneira».